

UN DOCUMENTO VITAL SOBRE MIGUEL HERNÁNDEZ: EL VUELO DOLOROSO DE SENTIR DE PEPE TORRES

JOSEFINA TAFALLA BROTONS

RESUMEN:

El presente documento se ofrece completo. Fue concedido a la autora cuando ella estaba estudiando, esperando lo que el tiempo depararía. José Torres en “Mi opinión sobre la obra de Miguel Hernández” da su punto de vista personal. Además, también podemos encontrar el de la autora de este ensayo Josefina Tafalla Brotons: Mi propia perspectiva existe fructífera y vital con la fuerza de Pepe Torres. Amigo íntimo de Miguel Hernández, su documento me ayuda a diferenciar su contenido como histórico. Fue escrito fidedignamente. Poesía íntimamente vivida. La educación y deferencia de este hombre audaz son sobresalientes.

PALABRAS CLAVE:

Historia Literaria. Literatura Española. Literatura Contemporánea. Poesía. Miguel Hernández.

ABSTRACT:

The present document is offered at full length. It was granted to the author when she was studying, expecting what the passing of time would bring. José Torres in “My Opinion On The Works Of Miguel Hernández” gives us his personal point of view. Besides, we can also find the opinion of the author of this essay Josefina Tafalla Brotons: My own view exists fruitful and essential with the strength of Pepe Torres. Close friend of Miguel Hernández, his document helps me to consider its content as historic. It was truthfully written. Intimately experienced poetry. The education and respectful manners of this audacious man are outstanding.

KEYWORDS:

Literary History, Spanish Literature, 20th Century Literature, Poetry. Miguel Hernández.

José Torres López murió en noviembre de 1984. Fue funcionario del Ayuntamiento de Orihuela, colaborador de Radio y escritor de artículos varios. Guardaba, entre sus cosas, la correspondencia, la obra y el trabajo de sus cuñados José y Justino Marín Gutiérrez (Ramón y Gabriel Sijé) y de su amigo Miguel Hernández.

Su viuda es Carmen Saldaña Sicilia, maestra ya jubilada, natural de Córdoba, vino a vivir a Orihuela, trabajando en el colegio de San Antón y en Virgen de La Puerta. Entretanto casi 25 años. Fruto de su matrimonio con Pepe es su hijo José Germán Torres Saldaña, al que me presentó hace poco José Manuel, en la boda de nuestro pariente Manolo. Te pareces a los dos, más rubio que él. Sí, mi madre es rubia. Tengo algo que me dio tu padre hace ya muchos años y te quería decir que

tengo intención de publicarlo. Me esperaba en el Paseo Calvo Sotelo de Orihuela. Un camión de mudanzas y las obras me dificultan el aparcamiento, estaciono el coche que al fin en la calle Arriba casi frente a la casa de Miguel Hernández, me dirijo al Paseo. Tiene José Germán 34 años, casado con Julia y padres de dos niñas: Andrea y Julia, muy rubias y muy simpáticas. Si no tienes prisa voy a por mi tía Anita, dice que como eres la hija de Fina... ¿Te apetece un café? Lo tengo preparado. Gracias, Carmen. Te he sacado esto, son cartas de Miguel Hernández. Bien, pero a Miguel Hernández ya lo he leído, te quería enseñar lo que tu marido me diera hace ya tantos años. Sí, vino a verme José Manuel. ¿Seguís teniendo el apartamento en...? Sí, allí pasamos aún los veranos.

Casado con anterioridad con Mari Lola Marín Gutiérrez, hermana de los hermanos Sijé, inclusive 1966. No Mariela ni María Dolores ella siempre fue Mari Lola. Su sobrina Anita, hija de la hermana de Pepe, tiene ahora 57 años, recordaba con alegría a su tía Mari Lola: “hija, aunque no seas...: tú lee” y así sigo haciéndolo, me pongo con Internet y me paso las horas leyendo apartados de periódico que por ciento ya no se puede, a alguno ya no se les puede leer”, “sólo salíó a la calle en tres ocasiones, una de ellas al entierro de Miguel, ...ya sabes que eran otros tiempos, y estaba enferma, pero mantenía carta a algún amigo, con Carmen que vivía en Cartagena, Carmen Conde, se escribían muy a menudo, y su amigo Miguel, siempre venía a verla, a verlos, se criaron juntos, se querían como hermanos, más que hermanos; y se escribían y tu abuela hija, tu abuela o tu madre... Le decía unas cosas, que chascarrillos, siempre bromeaba con ella, Pepe y Miguel y Pepe”.

Y hablando de su tío Pepe, a Anita se le ilumina la cara: ven, vamos a ver si encuentro el cuento que le hizo a mi madre, estaba entonces muy enferma, ¿conoces el cuento El pájaro de rosa y azul? El del tío Justino. Vivían aquí al lado, luego se trajeron a su tía Teresa, era ciega, y vivía en Córdoba, allí conoció después a Carmen. José, esto lo vamos a arreglar. Hurgando entre sus papeles y carpetas apartadas compiladas y ordenadas encontró algo de caligrafía en hojas de Biblión: “Esto es mío”, me ponía aquí con mi tía y mi tío, siempre estaba entre papeles, siempre en sus cosas, lo recuerdo siempre escribiendo, es de cuando era pequeña. Se le entibia la mirada al designar a su tío y a su madre Anita Torres: mi padre decía tengo asumido que soy el marido de... nosotros no vivíamos aquí, éramos muy amigas, tu madre y ella, cuando la advertía llegar mi tío Pepe decía “ya has visto a Fina”. Alza la voz y gesticula divertida cuando con un verdugo su tío se la llevaba a todas partes, o en el coche entre rosa y lila de García Palmer, “era juez y fue el padrino de boda de mis tíos, qué mareo, qué nauseas y qué hambre, mareadísima

hacia Córdoba y yo lo que tenía era hambre, y me pusieron gazpacho, yo no sabía lo que era eso”... “es muy pequeña, Peque”.

Mientras tomábamos un café acudió Isabelita Gil Torres, también sobrina de Pepe. Sus vecinos, le recuerdan con afecto entrañable y destacan de él su bondad, su humanidad y su sentido del humor. Hablábamos de Pepe, de Mari Lola, José, Justino, Paco, Miguel, de mi abuela, de mi tía María, de mi madre.... Del Paseo, de la iglesia antigua ahora Museo de Semana Santa en Orihuela y de la vida en la calle, entonces se hacía mucha vida en la calle, no había tantas cosas como hay ahora, el horno, la calle arriba, la del colegio, allí la de los Martínez Marín, aquí la de los Torres, vivían en la casa de su abuela, este callejón a las monjas de San Juan, el Relámpago aquí debajo ahora es un locutorio, allí Ismael, ¿Paco? No sé, hace tiempo que no lo veo...no sale ya.

Recuerdo muy bien a Pepe Torres, Peque le decían, un hombre bueno, en el buen sentido de la palabra bueno, de los que van de su corazón a sus asuntos.. Muy bueno. Alegre y vitalista de conocimiento de espíritu y de necesidad. Una gran persona,

El siguiente documento hizo que al leer a Miguel Hernández lo hiciera con tiento.

Sabía que lo había conocido, nunca hablamos de él, o de José Marín o de Justino Marín, ni de Mari Lola, su primera mujer a la que adoró; ni de los Martínez Marín, Antonio, Conchita. Eran personas a las que conocía, a las que saludaba por la calle, con los que tomaba alguna cerveza, con los que hablaba. Coincidíamos en algunos lugares, y lo recordaré siempre cantando La Pasión, hombre de garganta profunda.. O tomando una caña en el café Colón.

Recuerdo haber visto junto a Pepe Torres, en un aniversario de la muerte de Miguel Hernández en Orihuela, la intervención y recital de Rafael Alberti y Nuria Espert en el salón Novedades, de Orihuela, cuando aún era cine. Se trataba de la lectura de los versos del poeta oriolano. Vinieron también Lola y Manuel, Alberto Cortés cantaba, recitaba el Gesto, a Neruda, El Lamento de Miguel....

A la salida nos detuvimos un rato, –fumaba Pepe–, se interesó por mí, me preguntó si me había gustado a lo que le contesté que yo no sabía muy bien cómo había sido todo aquello, era una época muy distinta y España era ahora democrática, aún había carteles de propaganda electoral pegados en las paredes y paneles, no tenía una opinión formada, estaba empezando a estudiar Filología, me preguntó por mi madre y por mi abuela, su hermana Anita había estado hacía poco con ella, le gustaba ir a Orihuela.

Este es el documento íntegro, y su expresión... De vital, es calificado por el autor.

MIGUEL HERNÁNDEZ. OBRA ESCOGIDA

JOSÉ TORRES LÓPEZ

*A Josefina Tafalla,
para que comprenda mejor a Miguel Hernández*

Orihuela 10 de marzo de 1983

Esta obra escogida de Miguel Hernández es algo más que un libro; es un documento vital de un gran poeta. Aquí están, sino todas, casi todas sus señales de vida. Se ha de leer, no como cualquier otro libro, sino con un excepcional documento de esa terrible aventura del vivir y de la poesía. Miguel no consiguió siempre la perfección, pero sí el asombro. Pues todo en él asombra: su humildad, su obra singular, su vida arrebatada por un hado funesto. Pocas veces será dado a leer un libro en que el acierto destelle, en que la vida surta con tal violencia. Leer, seguir los brotadores versos de vida de Miguel Hernández es escuchar el latido arrítmico, turbulento de uno de nuestros más grandes poetas contemporáneos.

Era un mozo de talla regular, de cuerpo adusto, de mirada quieta y poco expresiva, en la que había que descubrir secretas melancolías:

...llevo cubierta de montes la memoria
y de tierra vinícola la cara
esta cara de surco articulado...

dijo de sí.

Se adivinaba en él un armazón de huesos fieramente desarrollados, cual es frecuente en los hombres de esta España. Pues aquí, entre nosotros, el armazón es lo importante.

Y en Miguel Hernández era robusta, sí, como el hombre general de nuestra tierra seca. *Sus ademanes son sobrios y entretenidos* –escribió de él su amigo Tomás Navarro– *y su expresión, enérgica, grave y concentrada. Hay una ardiente exaltación en el recogimiento de su gesto y en la fijeza e intensidad de su mirada.* No es de extrañar que, como él mismo dice, *su espíritu se sienta más compenetrado con el aliento de los campos de Castilla que con los huertos levantinos. La dignidad del tono, del ritmo y del concepto hace revivir de sus labios, en muchos parajes, las resonancias épicas del Romancero.*

Siendo niño pastoreó en Orihuela. En su obra se advierte muchas veces la rudeza de quien ha visto la Naturaleza con ojos propios. Tuvo amigos que le guiaron en sus lecturas. De modo portentoso asimiló la poesía de nuestros clásicos, aún la de los más difíciles, como *puede verse en las octavas gongorinas de su primer libro, Peritos en Lunas (1933) Fue su fraternal amigo “Ramón Sijé”, quien con su revista El Gallo Crisis (1934) –de orientación católica– le dio a conocer fuera de los ámbitos de Orihuela. La muerte de “Ramón Sijé”, sin cumplir los veintitrés años –arrancó ayees, tristísimos elegías de Miguel Hernández–. Bajo el sonido de su nombre –dijo– se me ha ido un compañero del alma.*

La influencia de “Ramón Sijé” en los comienzos de Miguel Hernández fue incalculable.

De *Gallo Crisis*, Miguel Hernández saltó a *Cruz y Raya*, donde publicó su auto sacramental *Quién te ha visto y quién te ve*, a la revista *Isla*, de Cádiz; a *Literatura*, de Madrid. Sus poemas de *Caballo Verde para la poesía (1935)* y de la *Revista de Occidente (1935-36)* y el libro *El rayo que no cesa (1936)* –editado por Concha Méndez y Manuel Altolaguirre– le dieron un puesto de primera fila entre los poetas jóvenes.

Como a tal le saludó Juan Ramón Jiménez en una de sus colaboraciones en *El Sol (1936)*: *En el último número de la Revista de Occidente –dijo allí Juan Ramón– publica Miguel Hernández, el extraordinario muchacho de Orihuela, una loca elegía a “Ramón Sijé” y seis sonetos desconcertantes. Todos los amigos de la “poesía pura” deben buscar y leer estos poemas vivos. Tienen su empaque quevedesco, es verdad su herencia castiza. Pero la áspera belleza tremenda de su corazón arraigado rompe el paquete y se desborda, como elemental belleza desnuda. Esto es lo excepcional poético y ¡quién pudiera exaltarlo con tanta claridad todos los días! Que no se pierda... Esta voz, este acento, este aliento joven de España.*

La amistad del poeta oriolano con Aleixandre, Neruda y José María Cossío, fue decisiva su orientación posterior de su numen. Ellos le ayudaron a encontrar su propia voz.

En ese año de 1936, el mismo en que Bleiberg publicó sus *Sonetos Amorosos*, Miguel Hernández publicó los suyos de *El Rayo que no cesa*, donde Garcilaso es eco lejano, donde Quevedo alienta. Hay que registrar, además, una noble influencia sobre este libro: la de la antología de poesía taurina compilada por José María Cossío. El tema del toro –que había de alcanzar en los *Poemas del toro*, de Rafael Morales, su máxima locución– irrumpe en *El rayo que no cesa* con vigor inusitado.

Sus tentativas en el ámbito de la poesía súper realista le libraron de las sirtes de la imitación de lo clásico, patente todavía en *El labrador de mas aire (1937)*, drama coetáneo de *Viento de pueblo*; con éste inicia una desnudez de formas, una adecua-

ción de lo formal a cada caso cuya plenitud se logrará con *El hombre acecha* y en *Cancionero y romancero de ausencias*, sus dos últimos libros sorprendentes.

Perito en lunas. Primeros poemas, 1933

El 20 de enero de 1933 –contaba el poeta 22 años– se acabó de imprimir el primer libro de Miguel Hernández *Perito en lunas*. Se vivía entonces en pleno auge las consecuencias del centenario de Góngora. Y Miguel Hernández atraído por el signo del tiempo, dio a la estampa un libro a la moda, verdadero ejercicio de ingreso en el Parnaso, formado de octavas culturadas y audaces. Al frente de *Perito en lunas* iba un prólogo de “Ramón Sijé”, en el que alude conceptualmente a las tres lunas o fases de la poesía en general, de la poesía de Miguel Hernández, en particular. La primera fase –“grito estridente, poema terruñero, provincial, querencioso de parto rehería de sueños”– nos muestra un poeta afincado en la tierra y hasta hosco; la segunda –“literaria, resonante de voces y reflejos”– se refería a un aprendiz idólatra, oficiente del culto al pasado y a los nombres del presente, indeciso aún; en la tercera, “Ramón Sijé” nos lo presenta ya “con musculatura marina de grumete” como si hubiera dado con esa poesía secreta, escondida, minoritaria, que era aspiración general entonces. Jamás un poeta se ha mentido más a sí mismo como Miguel Hernández en *Perito en lunas*. Años después lo recelaba y escondía como una culpa de lesa poesía. Góngora y Alberti –más el Alberti gongorino que Góngora– son los dioses de este libro, sin que falten en él evocaciones de Paul Valéry, Jorge Guillén o Ernesto Jiménez Caballero, cuyo nombre tanto podía sonar en un joven lector provinciano de la *Gaceta Literaria*. Leyendo “Peritos en Lunas” no se presiente en absoluto a Miguel Hernández posterior. Un culto a la belleza estéril, a la belleza adquirida con afeites, detenía la afluencia personal, la pujanza poética propia. Estaba entregado al placer creador con los entusiasmos de quien ha aprendido el secreto de las formas, lo que, sin embargo, no dejó de ser provechoso al poeta. Ejercicio y aprendizaje, virtuosismo y culto de la forma, le dotaron de esa flexibilidad que habría de permitir más tarde la manifestación de su ser entero.

Entre *Perito en lunas* y *El silbo vulnerado* –o quizá antes–, hay que considerar situar, un grupo de poemas muy diversos que revelan claras transiciones. Los que se titulan *Corrida real*, *Citación* y el *Vuelo vulnerado* –¡atención a este adjetivo!– reflejan inspiración gongorina con atrevimientos a temas de actualidad; otros, principalmente sonetos –como *Después de un golpe de agua necesario*, *Rosa de almendra*– dados al concepto, albergan ecos de los de Argensola, y *De mal en peor*, denota influjo de Garcilaso. Dentro de esta contención imitativa, los hay que llegan a lo

cortésmente madrigalesco y alguno podría haber aparecido sin extrañeza— cual *A mi Josefina*— en las páginas románticas de la revista *El Artista*...

Pero el verdadero Miguel Hernández asoma ya en alguna frase afortunada de *La morada amarilla*, o en los *Silbos*, originales poemas en que ya tentaba una afirmación de rústico acento. Y no despreciemos tampoco esos contados poemas en que manifiesta un católico y hasta ascético concepto de la carne, pendiente siempre sobre su poesía posterior, incluso en la de sus últimos años.

Quién te ha visto y quién te ve. Auto Sacramental, 1934

Esta fue la primera obra dramática de Miguel Hernández. Desarrolla las vicisitudes del hombre desde el natural estado de gracia —estado de inocencias— hasta sucumbir en el incendio provocado por el Deseo y los Sentidos. Como posteriormente *El labrador de más aire*, este auto sacramental está en la línea de restauración poética que ya he advertido en las primeras tentativas literarias de Miguel Hernández. Y como allí, dentro de un riguroso tradicionalismo, aporta modernas concepciones de la vida. Los Sentidos aparecen como jornaleros del hombre, siempre prestos a la insurrección; en sus reivindicaciones no dejan de decir vulgarismo —“no se ha el longuis, amigo”— o de aludir a hechos típicos de nuestro tiempo. Obra profundamente religiosa y tradicional, está sembrada de áureas silvas y de gongorinas octavas, de sabroso romance, de popular seguidilla y cantares de labranza.

Un ingenuo conceptismo se manifiesta en algunas grafías —Prima-Vera, Ruy-Señor— así como cierta resonancia constante del siglo de Oro —lilio por lirio— o una admisión de lo popular y primitivo —ivierno—, o la visible huella de los días en que el poeta guardaba el rebaño paterno, pues el Deseo es descrito en forma de chivo con vigorosos tintes realistas. Esta raigambre realista recorre todo el cuerpo del autor, e incluso las expresiones más altas están vinculadas a lo real. Tradicionalismo poético, popularismo y realismo son las tres notas sobresalientes de este auto sacramental.

El silbo vulnerado – El rayo que no cesa

En 1934 tenía dispuesto un nuevo libro de poesías: *El silbo vulnerado*. ¡Qué resonancia de san Juan de la Cruz en el título!

Silbo vulnerado, canción herida, un corazón asaeteado traía Miguel Hernández a la poesía de su tiempo. Y ante los ojos la melancolía bucólica de Garcilaso, los ayees

amorosos de San Juan de la Cruz. *El silbo vulnerado* es un libro con clara influencia de Garcilaso, de sonetos sencillos, con ciertos dejos arcaizantes:

Para cuando me ves tengo compuesto,
de un poco antes de esta venturanza,
un gesto favorable de bonanza
que no es, amor, mi verdadero gesto.

Más no sin zarpazos de ademán quevedesco por su absoluto decir:

y la voz de las riendas desoyendo,
por el campo del llanto me desboco.

Se le ve tentando en la poesía antigua con pasión de encontrar la voz debida; se le ve ciego de soles antiguos, queriendo formar su martillo poético, aquél que luego resonaría en furiosos llantos, imprecaciones y vindictas.

Los poemas de *El silbo vulnerado* quedaron inéditos hasta el 27 de septiembre de 1949. José María Cossío, que guardaba el borrador, los editó entonces como apéndice a *El rayo que no cesa*. Pues este otro libro no es más que un desbordamiento del anterior, un desbordamiento de sonoros golpes de sangre frente a cierta melancolía y apacibilidad con predominantes en *El silbo vulnerado*. El poeta no había nacido para lo dulce. Aunque la resonancia áurea, Garcilaso o Lope, caracolease a sus oídos, una secreta galería del corazón le conducía inexorablemente hacia el llanto y la pena. Si la fina y graciosa letra de Lope cantaba:

Naranjitas me tira la niña
en Valencia por Navidad...

Los naranjitas aquellos tórnense en Miguel Hernández limón amargo:

Me tiraste un limón, y tan amargo...

Y si serpea por el soneto una intención de gracia, todo acaba en una purgante verdad, en

una picuda y deslumbrante pena.

Y es en los sonetos de *El silbo vulnerado* donde está todo entero Miguel Hernández: sus pensamientos sombríos, su gravedad, su aire de fuerza herida, su desconsoladora lástima de sí mismo, sus roncacos acentos:

porque la pena tizna cuando estalla.

¡La pena!.... Esta palabra resumirá su poesía, pena que le tizó de lutos, a estallidos violentos de versos. Sentía la pena pegada a su cuerpo como natural vestido, como un perro fiel o inevitable.

Algunos de los sonetos de este libro aparecieron posteriormente en *El rayo que no cesa*, publicado en 1936, unos meses antes de la guerra, con poemas de los años comprendidos entre 1934 y 1936. El poeta de *El silbo vulnerado* había aprendido una trágica lección: que no estaba la herida en sus canciones, sino en sus adentros, habitándole tercamente el corazón. Su nuevo libro se alimentaba de las violencias de ese rayo que no cesa –el corazón– al que más de una vez llamará carnívoro cuchillo; y por la presencia del toro –la fiera ibérica con irrevocable vocación de muerte–, sangriento y enlutado toro en el que el poeta veía un compañero de destino:

Como el toro, he nacido para el luto
y el dolor; como el toro, estoy marcado
por un hierro infernal...

Y cual toro furioso y acosado, abocado al dolor y a la pena, su única esperanza estaba en la consumación de su destino, en la muerte, que se le aparecía como una enajenada venganza de sí mismo, de su corazón persistentemente herido. De ahí que pasaran a *El rayo que no cesa* solamente aquellos sonetos –sí con modificaciones– de acento más personal y decidido, de un lenguaje más pujante o de una metáfora más violenta y desusada. Este cantor de la vida sufría las ansiedades de la sangre y de los ojos, de la piel y de los labios, voraz, aniquiladoramente. Había una raíz ascética en sus proclamaciones, una afirmación de eremita en su convulsiva condenación de la carne como tormento infatigable y exigente, desgarrador:

¿No cesará este rayo que me habita
el corazón?

se preguntaba.

El amor y la muerte, ya recordamos a Leopardi y a Unamuno, retiemblan en los versos de *El rayo que no cesa*. Hay en este libro una profesión de fe, una elegía a todas luces clara, que sorprende por su insistencia a un tiempo ascética y amorosa.

En esta elegía, Miguel injuria al objeto amado a la vez que se unce a sus tobillos, “mi tormento”. Con su acostumbrada decisión, afirmaba así la esencia de su ser:

Me llamo barro aunque Miguel me llame.
Barro es mi profesión y mi destino
que mancha con su lengua cuanto lame.

Estos tres versos de una vida, contienen al poeta –dejémonos ahora de la belleza–, contienen al hombre inclinado obligatoriamente sobre la tierra. Desde Quevedo, nadie en lengua castellana ha dicho su sentimiento y su destino con más fuerte voz, con mayor hondura y tristeza humana. No pudo escribir esta elegía tan desafortada sin sentir la tristeza de ser hombre, sin tenerla metida en los huesos. En ellos la tenía Miguel, puro hueso, hombre duro, forjado de castellanías amadas y de ancestral y gozoso Levante en lucha. Siglos de catolicismo han dado al español un furioso y triste sentido del amor. ¡Con qué claridad vemos la carne –con qué herencia– en nuestro corazón hecho de ardientes cenizas! ...Recuerdo a “Ramón Sijé” –*con quien tanto quería* lloró Miguel Hernández– diciéndoos proféticas e inflamantes definiciones, caminando juntos sobre las nubes de la Puerta del Sol. ¡Qué caos de los sentidos, qué infernal batalla de la sangre, qué tristeza de ser hombres, cuando en algunos ni siquiera apuntaba el bozo! ...Raskolnikones de los sentidos, los matábamos; los encendíamos para matarlos. Y así los encendía Miguel, para destruirlos a hachazos de versos. Que eso, y nada más que eso, son muchos versos suyos: surtidores de sangre.

El amor y la muerte. Miguel Hernández no cantó tanto la belleza como su irrefrenable inclinación humana sentida como furia:

Barro, en vano me invisto de amapola,
barro, en vano vertiendo voy mis brazos,
barro, en vano te muerdo los talones...

¡Quién podrá olvidar a aquel ermitaño de la serranía de Córdoba enseñando una monda calavera –a la que quitaba con sus uñas de aldeano las telarañas de la muerte– ante una doncella hermosa! ¡Qué lejos Miguel Hernández de ese panteísmo de los románticos alemanes, por ejemplo! En él, como en otros muchos escritores de esta España, hay una comunión, no con la naturaleza mayúscula, sino con la muerte común, con las ascéticas huesas de los siglos. Pues la muerte es luz, lumbré de sol en plaza de toros:

La muerte, toda llena de agujeros
y cuernos de su mismo desenlace,
bajo una piel de toro pisa y paca
un luminoso prado de toreros.

En *El rayo de no cesa –libro de amor, si terrible–* estamos muy lejos de aquél otro bello y contemporáneo de Germán Bleiberg, el titulado *Sonetos amorosos*. Dos poetas cantaban al mismo tiempo sus amores, en los dos había resonancias áureas, pero también muy diversas armonías. No quiere esto que la ternura, aquella dulce y apacible melancolía del poeta del Tajo –*un claro caballero del rocío*– estuviera siempre ausente de las modulaciones de Miguel. Le venía la querencia de Garcilaso de sus poemas de *El silbo vulnerado* –aquí más pura– y en *El rayo que no cesa* todavía persiste en algunos momentos. Como en aquel tierno soneto que empieza:

Yo sé que ver y oír a un triste enfada
cuando se viene y va de la alegría...

Y la ternura, la pureza expresiva y sentimental, se hace un hueco en uno de los más bellos sonetos del libro, el que va terminando así:

Y recuerdo aquel beso sin apoyo
que quedó entre mi boca y el camino
de aquel cuello...

Poemas sueltos, 1935-1936

En 1936 se cumplió el cuarto centenario de la muerte de Garcilaso, y en el mismo año precisamente, el primer centenario del nacimiento de Bécquer. El azar juntaba entonces a los dos poetas españoles de la melancolía. Y la *Revista de Occidente* –trampolín de los poetas de la generación de la Dictadura– acogió en uno de sus números dos poemas de Miguel Hernández: *Sino sangriento* y el titulado *Égloga* –homenaje a Garcilaso– ... ¡Garcilaso!

Como un loco acendrado te persigo:
me cansa el sol, el viento me lastima
y quiero ahogarme por vivir contigo.

Así, apasionadamente, acababa Miguel su *Égloga*, su evocación en torno al caballero de hermosura”. Desde muy pronto hemos advertido en su poesía un alternante culto a Garcilaso. El poeta del Tajo se le ofrecía siempre al nuestro como un signo de serenado dolor, como evocación in alcanzable, pues el dolor de Miguel Hernández rezumaba de una rabiosa herida y sus versos, forzosamente, estaban henchidos de agraces sabores. Ese *quiero ahogarme por vivir contigo* transparenta una ansia de serenidad y de dulzura siempre fugitivas. Pedía el poeta una voz imposible, la voz de Garcilaso, con que cantar su *dolor de recomida grama*, sus terribles *congojas de puñal*. Y ese mismo Tajo que le recordaba a Garcilaso le recordó a Gustavo Adolfo Bécquer. Como a un romántico Garcilaso, le dice a Bécquer:

Tu morada es el Tajo; ahí estás para siempre,
dedicado a ser cisne por completo.

Recordemos que junto a *Égloga* se publicó *Sino sangriento*; junto a su declarada ansia de apacibilidad, una desbocada confesión. Ahí es donde proclama:

Vine con un dolor de cuchillada,
me esperaba un cuchillo a mi venida.

El signo, el sino, la estrella, en el Romancero o en Quevedo, y sobre todo en Miguel Hernández, crece violenta e inexorablemente cuanto más amargo. ¡De qué modo tan fulminante lo sentía! Y la rima, la estrofa, las cesuras, las palabras todas –como espuma terrible de esta terrible lengua nuestra española, nacida para la cólera– contribuyen cual cangilones fatales al vigor funesto, a la dureza enconada, a la tajante expresión de este poema. El corazón ya no es aquí un rayo, un puñal sentido como constancia, sino un sino, una fatalidad sangrienta y homicida, un continuo borbotón de sangre,

Una sola y dilatada herida. En este hermano en el dolor de Garcilaso y Bécquer el pedernal y el hacha, el torrente y la sangre, la fosa y el viento de las construcciones humanas, sustituyen al suspiro. Pues quien tanto siente y sentía, escarba incansable en su herida, la agranda, la agiganta, la descomunalaza.

La llegada de Pablo Neruda a España y la publicación de su revista *Caballo verde para la poesía* contribuyen a robustecer el numen y la expresión de Miguel Hernández, que cada día se mostraba más sombrío. Y en esa revista publicó *Vecino de la muerte* (octubre de 1935) junto a poemas de Aleixandre, Molinari, Lorca, Leopoldo Panero y otros ya consagrados. En aquel mismo número veía la luz un editorial *Sólo una poesía sin pureza*, manifiesto de algo que ya estaba escrito, pero que

habría de cobrar a partir de entonces mayor vigor. La influencia de Neruda y Alexandre sobre la poesía de Miguel Hernández. Ellos transformaron su horizonte.

Viento de pueblo, 1937

Al frente de este libro puso Miguel Hernández su profesión de fe como poeta:

A nosotros –dice allí– que hemos nacido poetas entre todos los hombres, nos ha hecho poetas la vida junto a todos los hombres. Nosotros venimos brotando del manantial de las guitarras acogidas por el pueblo, y cada poeta que muere deja en manos de otro, como una herencia, un instrumento que viene rodando desde la eternidad de la nada a nuestro corazón esparcido. Ante la sombra de los poetas nos levantamos otros dos, y ante la nuestra se levantarán otros de mañana. Nuestro cimiento será siempre el mismo: la tierra. Nuestro destino es parar en las manos del pueblo... los poetas somos viento del pueblo: nacemos para pasar sopladados a través de sus poros y conducir sus ojos y sus sentimientos hacia las cumbres más hermosas...

El centenario de Góngora fue señuelo que atrajo a no pocos, pero no todos ellos son hoy oficiantes del cutlo al cordobés. Los más han derivado hacia lírica más humana, más encariñada con el próspero o adverso destino del hombre y de su habitación terrestre. Hasta *Viento del pueblo*, Miguel Hernández estuvo buscando su propia voz, su propio y hondo canto. *El rayo que no cesa* es su primer gran libro personal. Más todavía hay en él un abundante eco del pasado, gravitante, sofocante en algunos casos. Y, sin embargo, fue el tradicionalismo de Miguel Hernández lo que llegó a dotarle de un instrumento poético apto para la expresión de sus secretos anhelos. Góngora, Lope, Quevedo, Calderón y tantos otros autores del gran siglo de Oro español le entregaron aciertos expresivos y, sobre todo, un españolismo inconfundible. Españolismo, sí. Era el poeta que cantaba *Sentado sobre los muertos* con viejo acento español, lúgubre acento quevedesco, mas con ese son que tan adentro llega, el mismo Lope en *A mis soledades voy*:

Si yo salí de la tierra,
si yo he nacido de un vientre
desdichado y con pobreza,
no fue sino para hacerme
ruiseñor de las desdichas,
eco de la mala suerte,

y cantar y repetir
a quien escucharme debe
cuanto a penas, cuanto a pobres,
cuanto a tierra se refiere...

.....

Aquí estoy para vivir
mientras el alma me suene,
y aquí estoy para morir
cuando la hora me llegue,
en los veneros del pueblo
desde ahora y desde siempre.
Varios tragos es la vida
y un solo trago es la muerte.

Decid si estos versos no pueden ser leídos y entendidos; decid si en estos versos no resuena una antigua voz española; decid si este poeta no había dado ya con un tono verdadero, no arcaizante, sino justamente apropiado, tradicional y hondo. Y aunque el verso y la sombra tendieran distancias, el corazón castellano de este levantino coincidía en la honda veta del desengaño español. Por eso pregunta en su *Elegía primera*, cantada al lado siniestro de un poeta muerto en la flor de su vida:

Verdura de las eras,
¿qué tiempo prevalece la alegría?
[...]
Tú, el más firme edificio, destruido,
tú, el gavilán más alto, desplomado,
tú, el más grande rugido,
callado, y más callado y más callado.

¡He aquí una extraña, pero auténtica presencia de Jorge Manrique!

El dolorido vivir de Miguel Hernández parece como si se esfumase en algunos de los poemas de este libro. La alegría, sí, la alegría, que a veces visita a los tristes para advertirles todavía más la raíz de su pena; una alegría gris vibradora, pujante, vital, encendida por una primavera fugaz, se desborda en poemas como *Juramento de la alegría*:

Alegraos por fin los carcomidos,
los desplomados bajo la tristeza:
salid de los vivientes ataúdes,
sacad de entre las piernas la cabeza.

El gozo del poeta sería como un portillo abierto en la fortaleza de la pena, calvada en él como *carnívoro cuchillo*; lo que explica que llegara a decir:

Me alegré seriamente, lo mismo que el olivo.

Hay acentos de imprecación y de vindicta en *Viento del pueblo*. No hay sin embargo, hombre que escape a su circunstancia, y lo que importa es la veracidad cuando caen las torres levantadas... ¡Qué sabe el hombre de los hombres!.... Lo que importa en Miguel Hernández es aquello que a todos decía:

Atended, escuchad mi sangrante sonido,
Recoged mis latidos de quebranto
En vuestros espaciosos corazones
Porque yo empuño el alma cuando canto.

Con toda su alma cantó a España como convulsión, como estruendo, como homenaje:

Poderoso homenaje a las encinas,
Homenaje del toro y el coloso,
Homenaje de páramos y minas
Poderoso.

País del alma, poblado de diversidad –llanura y llanura y sierra, huerto y páramo, castañares y cardos–; país de contrastes, bravo, curtidor....

Miguel Hernández lo sentía todo muy directamente y era de los hombres que no contemplan, de los que hunden sus labios sedientos en las aguas; aguas de España, tierra del corazón que le arrancaba ayees que hacen aún temblar nuestras fibras. Pues Miguel es el poeta que desangra su alma en ayees continuos, el que dijo, sí:

¡Ay España de mi vida,
ay España de mi muerte!

***El labrador de más aire*, Drama, 1937**

El labrador de más aire iniciaba la vuelta a un teatro popular en el mismo sentido que lo fue el teatro de Lope en el siglo de Oro. Se dirá que ya Lorca nos había traído un viento de pueblo en *Bodas de sangre*, o *Yerma*. Mas el popularismo autén-

tico había que arrancarlo de bases simples, pues España es un país de labrantines, de campos de trigos, de olivares, de naranjos, de cepas...

En 1935 se había conmemorado el tercer centenario del nacimiento de Lope de Vega. Por entonces se publicó la traducción española de *Lope de Vega y su tiempo*, de Vossler. Montesinos, Azorín, Entrambasaguas y Bergamín pronunciaron conferencias, escribieron libros sobre el creador de nuestro teatro nacional y popular. No extraña, pues, que de lo calderoniano de *Quien te ha visto y quien te ve*, del auto sacramental, Miguel Hernández afluyera como a un cauce propio a la comedia áurea, al popularismo de Lope. Las raíces de su drama arrancan del teatro de Lope de Vega y del vivir del labrador de España. *El labrador de mas aire* está escrito en los metros tradicionales de la poesía española con la variedad de las antiguas comedias, guardando también su descriptivísimo –aunque ya anacrónico– tan encantador, aquél que suplía la falta de escenografía con golpes de ingenio, y su carácter sentencioso, de tanto sabor popular y tradicional.

Leyendo esta obra, no se separa de nosotros el recuerdo de *Peribañez y el comendador de Ocaña*. Como en *Peribañez...* en *El labrador de mas aire* se suelta un toro –allí un novillo–, un toro es el arranque del conflicto. Y como allí, rondas y canciones pueblan los aires dramáticos con gratos olores campesinos, no faltando –gracias a Tomaso, el cómico mozo lugareño– una rememoración de la figura del donaire.

Sin embargo, de vez en cuando, a lo largo del drama, se ve asomar el personal coraje de Miguel, tan directo, tan adhesivo a las cosas, tan recio y tan tercamente absoluto:

Y desde entonces, colmillos
para matarte a pedazos
tener quisiera, y los brazos
erizados de cuchillos.

Y si en alguna ocasión se complace en suscitar evocadoras descripciones, estas finalizan siempre en destellos, en prisa, en dramatismo:

Por fin trajo el verde Mayo
correchuelas y albahacas
a la entrada de la aldea
y al umbral de las ventanas.
al verlo venir se han puesto
cintas de amor las guitarras,
celos de amor las clavijas;
las cuerdas, lazos de rabia.

Una ansia amoroso, un desvelo inquietante, recorre muchas escenas de *El labrador*... Allí está el poeta, como novillo desbravado, cantando una sorda pena amorosa, sorda pena de no sé qué que iba balbuciendo por su vida y por sus versos.

El labrador de más aire fue un tanteo más en la obra general y truncada de Miguel Hernández. Queda en la historia de la literatura española como un noble empeño de restauración de las formas dramáticas del siglo de Oro en una época de convulsión y de anhelos renovadores.

El hombre acecha

Cuando el hombre combate al hombre, el hombre acecha, regresa al tigre, recuerda al tigre. Y flores y mieles y bellezas retroceden ante su crudo gesto. Y las raíces del hombre –las manos– conviertes en garras; los hombres, en fieras:

He regresado al tigre:
aparta o te destrozo.

Exclama el poeta en su *Canción primera*. Es que se halla ante un mundo desnudo, fieramente desnudo, en el que su presencia excepcional de animal que canta y llora y echa raíces se agiganta ahora de garras. ¡Garras del hombre! Dirías que al leerlo nos encontramos ante los sombríos, lejos, al fondo, de ese cuadro vital que Miguel Hernández nos ha dejado en *Viento del pueblo*. Pues a veces llegamos al conocimiento de las miserias, nos hundimos en los acres limos de la vida. Si la lucha enciende el ánimo, si lo inflama, detrás de la lucha hay siempre cenizas amargas, barro en las botas conductoras, una horrible cargazón de los párpados, que no pueden abrirse más, que no pueden cerrarse ya. Pues lo que se ha visto levanta una pared entre los párpados, un muro de inevitable vigilancia. Por él corren trenes nocturnos de sucesos amargos para el hombre, de violencia, de inexorable destino. Y la voz tiene que hacerse más secreta y sollozante. O romper en rabiosas iras. La voz del poeta canta para sí esa fría desnudez del mundo, que sólo cartas de amor, cálidas cartas, logran amortiguar:

Aunque bajo la tierra
mi amante cuerpo esté,
escribeme a la tierra
que yo te escribiré.

El hombre acecha tiene poemas que parecen escritos para *Viento del pueblo*. Su tono es todavía entusiasta, como en el titulado *El vuelo de los hombres*, que reincide en el tema argo náutico que ya en sus comienzos, con gongorino estilo, Miguel Hernández había utilizado. Pero si en *El hombre acecha* se recogen versos de furor y maldición, también los hay de dolor y compasiva mirada del mundo. *Es sangre, no granizo, y El herido*, están escritos con palabras, estrofas e imágenes familiares al lector de *Viento del pueblo*, más sin aquel hervor pindárico, sin aquellas brasas de entusiasmo. La guerra que a diferencia del *Viento del pueblo*, es trenes de heridos, hospitales, cartas, algodones ensangrentados. Reaparece en *El hombre acecha* la gravedad aquella que alimentaba los versos de *El rayo que no cesa*. Una gravedad más honda ahora, pues no está la herida en el poeta, sino en la entraña misma del mundo. Pues ya la herida del poeta duele menos que la gran herida de los hombres. Lo que apenas su corazón es ese largo y siempre nocturno tren de los heridos.

El tren lluvioso de la sangre suelta,
el frágil tren de los que se desangran,
el silencioso, el doloroso, el pálido,
el tren callado de los sufrimientos.

De los poemas de *El hombre acecha*, pocos llegan a ser tan impresionantes como éste. Para quienes piensan que Miguel Hernández “no acertaba” a expresar cuanto quería, ahí está el poema preciso, profundo, ceniciento, para el que creó un lenguaje, estrofas e imágenes nuevas en su poesía. Imágenes insólitas del tren de los heridos, tan enormemente sencillas.

Detenerse quisiera bajo el túnel
la larga madre, sollozar tendida.

¡Qué emoción no sentiría el propio poeta al encontrarse con este nuevo estilo, con la sencilla y agobiante verdad de las cosas humanas! Ni Garcilaso, ni Góngora, ni Quevedo: nada. Un tren se desliza en la noche, y el poeta se olvida de cuanto hasta entonces ha escrito y vierte su inspiración objetiva, entre en la vía dolorosas del mundo. Y sus palabras se hacen sencillas, y sus versos destierran los encendimientos verbales y sonoros, y su voz no se quiebra, porque ha de cantar el dolor de los hombres, porque el dolor hay que cantarlo, porque hay que tener voz y llanto y fuerzas para cantar el largo dolor de los hombres heridos... ¡Misterio de la poesía! ... Pasarse la vida cantando como el ave, sin saber qué ni cómo; pasarse la vida cantando una pena brillante, abultándola, enracimando el propio dolor, porque todavía no se ha hallado el verdadero objeto: el dolor del hombre.

¡Qué emoción no sentiría Miguel Hernández al alumbrar estos versos en que se cuaja la sangre del hombre! Aquí, en *El tren de los heridos*, en *Canción primera* y en *Canción última* se manifiesta ya un nuevo y más universal poeta, cuyos acentos rebrotarán en *Cancionero y romancero de ausencias*. Y si la *Canción primera* explica y abre el libro –la crudeza acecharte del hombre–, la *Canción última* es una melancólica aspiración, un sollozante deseo. Clama el poeta:

Dejadme la esperanza.

Miguel Hernández, que en 1936-1937, sorprendió con la gran audacia de su expresión en *El hombre acecha* inaugura una nueva senda. Al incesante borbotillo lírico, a la presión volcánica de la imagen, a la estrofa removida de brotes, sucede una nitidez, un perfil firme siempre con versos como aristas, con palabras enjutas, con expresiones de honda y grave verdad.

Cancionero y romancero de ausencias, 1938-1941

Este libro contiene romances y canciones de soledad escritos en el periodo 1938-1941. La guerra había hundido de fuegos de artificio, había desnudado al hombre:

Ausencia de todo siento.
ausencia, ausencia, ausencia.

Ausencia universal en un mundo, acecharte, ausencia que suena en breves canciones radicadas en lo fragmentario y diverso: las ropas, el lecho, la mirada, la sangre, el viento, el sol, la risa, el beso, el campo, el corazón, una fotografía, el hijo, la mujer, la vida, la muerte... Todos aquellos breves poemas forman como un diario del corazón del poeta, diría que un testamento de sinceridad. La mujer y el hijo –la vida–, la guerra y la muerte: aquí los cuatro –los dos– grandes temas de este libro excepcional en la poesía moderna de España. Son poemas dichos en voz baja, confesiones entre exteriores truenos y rayos de ira: unas pocas palabras profundas y verdaderas. Si habéis leído la obra anterior de Miguel Hernández nacerá ahora en vosotras una maravillosa sorpresa. Se han secado los húmedos pliegues, ha quedado enjuto, castellanamente seco, el corazón del poeta. Todo el brillo de su poesía anterior ha dejado estos rescoldos de secreta llama, rodeados de ceniza. El inflamado canto, una vez retumbó, se destejó en ecos de amargura. Y si la majestuosa llama del incendio lo inflama todo, también ilumina algunos objetos, esas pequeñas cosas

del mundo por las que vivimos: la mujer, el hijo... El vendaval, si arrebatara, si arremolina, si suspende el ánimo, también pone en movimiento, al llevarse los grandes edificios los objetos que llenan nuestra vida. Y la turbulenta y huracanada experiencia de aquellos años –1938-1941– puso al descubierto ante los ojos de poeta un mundo familiar del hombre, los eternos objetos del hombre.

Cancionero y romancero de ausencias recibe su razón suficiente de *El hombre acecha*, como éste lo había recibido de *Viento del pueblo*. Cuando el hombre acecha, cuando el tigre aparece, la mujer y el niño, el amor y la vida, adquieren su honda significación.

De aquí que *Cancionero y romancero de ausencias* sea una serie de secretos cubiles del corazón; de aquí también que en este libro haya poemas estrechamente afines a los del *El hombre acecha*, y necesarios para una auténtica ubicación del libro y de su inspiración; como aquel que comienza:

Todas las casas son ojos
que resplandecen y acechan.

O los titulados *Guerra, Bocas de Ira, etc.*

Ni un soneto, ni una estrofa áurea aquí; lo más, lo más, romances, aunque sin el hidalgo sonar de los antiguos; tan sólo un entrecortamiento, un aliento breve, un trazo seguidos de otros rectilíneos trazos, una justeza expresiva que, más que al romancero tradicional, recuerda a las hondas letras para cantar, populares entre nosotros. Así (*Antes del odio*) más que a romancillo, en algunos momentos, sabe a copla popular:

Corazón es una copa
donde me lo bebo yo,
y no se lo bebe nadie,
nadie sabe su sabor...

La deseada busca de lo tradicional y antiguo, que había sido una constante en la lírica de Miguel Hernández –hasta los días que se inician con la aparición de la revista *Caballo verde para la poesía*, resurge en *Cancionero y romancero de ausencias*, mas inesperadamente y con aspecto decididamente personales. La copla y el romance se desprenden de sus sonos antiguos, parecen formar nuevas, a causa de una inspiración transformante. Lo grave, lo hondo y cuanto había tenido como vehículo a la copla, y a veces al romance, intensificándose en la nueva temática del

poeta. Hasta las gráciles formas de nuestros primitivos se contaminan de desconsuelo, deliberadamente:

Tristes guerras
si no es amor la empresa.
Tristes. Tristes...

Hernández ponía los ojos ahora en una corriente de poesía que un día alcanzó también a Antonio Machado. Parece como si en este libro –en poemas como *La libertad es algo*, *Era un hoyo muy hondo*, *truncos de soledad*, *Tan cercanos y a veces*, *Escribí en el arenal*, *En este campo*, *Llegó tan hondo el beso*...se mostrará sediento de esos cauces hondos y sencillos de nuestra poesía: la copla popular, el romance grave, la gnómica de Machado, la melancolía de Bécquer... Sin embargo, la melancolía de Miguel Hernández, no podía, ni aquí siquiera, esquivar su natural fiereza. Y aunque el verso, su influencia natural, y la estrofa, apagada de sonos, sean sutilmente becquerianos, Hernández pone fuerza, pone dureza, pone hervor, y el poema desemboca en arrogante tristeza, cuando no en dramatismo como ocurre en esa rima que comienza:

El amor ascendía entre nosotros...

Pero hay algo que señalar en este libro: que el poeta se iba acercando a los grandes símbolos de la vida, de la poesía; ya casi los estaba tentando. Hemos visto como desde sus comienzos su temática había sido uniforme y escasa. Intentaba centrar su fuerza creadora en unos escasos temas, abriendo galerías en ellos, zapando su tierra cual buscador de los secretos veneros de la vida. También la temática de Antonio Machado fue escasa; también es profunda. De tanto ahondar, de tanto combatir con el sentido de los sucesos del corazón y de la tierra, Miguel Hernández llegó a los dulces y tristes estratos de la melancolía que, si en algunos se presenta grave y en otro sentimental, en él no podía ser otra cosa que fiera melancolía, arrogante sentimiento de soledad.

El camino comprendido le estaba llevando a las grandes verdades de la vida. Y sus temas, de tanto adherirse tenazmente a ellos, se le estaban ofreciendo ya como granado fruto. La profundidad, la simplicidad y la impresionante belleza de *Cancionero y romancero de ausencias* surten de grandes, verdaderos y eternos manantiales. Miguel Hernández estaba llegando, sí, al cielo de la poesía guiado por su descorazonamiento incesante; a ese cielo de símbolos preñados de significación, iguales en esencia para todos, abridores de luces para todos.

Últimos poemas sueltos

Este ramillete de poemas, este sonido grave, este entrecortado ay, esta herida que arranca lágrimas de compasión, ha nacido de un corazón verdadero. Si no contásemos con estos últimos poemas, *El rayo que no cesa* sería un libro lleno de hermosuras, sí; y aquél otro, un colérico encendimiento; y *El hombre acecha*, una irritada condenación del hombre; y *Cancionero y romancero de ausencias* una nostalgia de amor, sí... Pero este ramillete de poemas último arroja tal luz sobre la vida y la obra de Miguel Hernández –sobre su mejor obra– que nos parece estar contemplando el cumplimiento de un sino. Aquel corazón herido de *El rayo que no cesa* –herido de presentimientos funestos– lo estaba verdaderamente; aquellos sonetos eran algo más que artificio de poeta: profecías que había de ejecutar el hado. Ved, leed, la obra de Miguel Hernández, sobre este *de profundas*, sobre este profundo paisaje desgarrador del alma. No en vano dice que “vuelve” ahora a llorar:

Vuelvo a llorar desnudo, como siempre he llorado

Y vuelve a llorarse nuevo lágrimas que ya había vertido; volvían a correr por sus mejillas sales cuyo sabor conocía de antes. Pero estas trágicas lágrimas se cuajan, se solidifican, tenazmente, en los labios que un tiempo fueron vital expresión, que ya eran una pálida ventana al amargor de la vida... ¡La vida!... ¿No la oís brotar, con su insistencia dolorosa y a un tiempo pujante, en estos poemas? ¡Cómo se mezcla toda la inspiración de Miguel Hernández en estos contados poemas! ¡Cómo rebrotan todos sus motivos anteriores aquí! Temas de *El rayo que no cesa*, de *El hombre acecha*, de *Cancionero y Romancero de ausencias*, juntándose, hirviendo, sosegados sólo a golpes de dolor, dichos con tan entrecortada voz, con palabras tan llanas...!

La herida incesante del corazón, que había cantado en tan bellos sonetos, había perdido su insistente violencia. Aquel rayo –que parecía que no iba a cesar nunca– estaba a punto de terminar su obra, la estaba cumpliendo irrevocablemente, con lenta prisa, en su cuerpo enfermo. La desencadenada pasión de oyeres se remansaba ahora en una querenciosa soledad de la mujer y del hijo; pero el encendimiento verbal de antes, persiste todavía alimentado por los vinos exultantes del amor. Y sobre el valladar de los hombres y de la muerte salta la esperanza de la mujer y del hijo, en ese poema de pasión desbordada, en ese canto preferido a raudales, en esas palabras de vida que tituló *Boca que arrastra mi boca*:

Boca que arrastra mi boca;
boca que me has arrastrado:
boca que vienes de lejos
a iluminarme de rayos...

Y si hay tristeza, es la misma que el herido siente cuando el golpe le abate en la cumbre de la victoria: victoriosa tristeza:

Boca que desenterraste
el amanecer más claro
con tu lengua. Tres palabras,
tres fuegos has heredado:
vida, muerte, amor. Ahí quedan
escritos sobre tus labios.

Este es el poeta que, en medio de la negrura de su sino, había cantado a la alegría de la única manera que le era posible:

Sonreír con la alegre tristeza del olivo.
Esperar, no cansarse de esperar la alegría.

¡Qué desgarrador suena tras esa profesión de alegría, el poema titulado: *Cada hombre!* Quien había escrito *El hombre acecha* siente aquí el asedio de la ferocidad el inexorable tigre del vivir. El poeta, que ve hundida su efímera canción, se duele de sí mismo con compasión en él inusitada; si la compasión había sido en él un aire de irritado descorazonamiento, cuando el camino no erguía el mojón del término, aquella cólera acaba por desembocar en compasión de sí. En *Cada hombre* se estaba hablando de sí mismo, más no como solía. Sus ojos ven la luz del mundo tras un velo de compasión de sí mismo. Él sabe que

Sólo quien ama vuela ¿pero quién ama tanto
que sea como el pájaro más leve y fugitivo?

El odio lo hunde todo, aunque no repentinamente; sin prisa lo va hundiendo todo; hace imposible el amor, el vuelo. ¡Desconsolado poema! Y nos habla el poeta de sí mismo como si fuera otro yo, despersonificándole. Pues cuando el dolor es tamaño, trasvasamos nuestro dolor a otro –no padecemos entonces, compadecemos–, nos comparecemos como si no fuéramos nosotros los dolidos; vertemos nuestra compa-

sión sobre otro próximo que, al fin ya al cabo, somos nosotros mismos. Miguel Hernández en un mundo acechante, se contempla piadosamente, se compadecía así:

Un ser ardiente, claro de deseos, alado,
quiso ascender...

Ser que te confundiste con una alondra un día, te desplomaste otro como el granizo grave...

No volarás. No puedes volar....

Este como casi todos los poemas de la fase final de Miguel Hernández, hay que leerlo apurando el sentido de las palabras, despreciando incluso eso que algunos llaman belleza no siendo más que afeites. Pues ¡qué belleza es comparable a la de las palabras que dicen verdad y vida con este entrecortamiento que es natural al hombre que escribe –dominado el artificio como él lo dominaba– con tan gran desprecio del artificio! Apurad el sentido, hundíos en esas pocas palabras temblorosas del último verso de este poema:

El hombre yace. El cielo se eleva. El aire mueve.
¡Que no os parezcan unas palabras más!

En la tiniebla de su existir, el que siempre mostraba un ceño de desesperación nos lanza ahora destellos brilladores, eleva su esperanza, se goza en el prodigio de la maternidad inmortal. *Hijo de la luz y la sombra* es un canto al poder creador del hombre; única posibilidad, único triunfo del hombre:

Haremos de este hijo generador sustento,
y hará de nuestra carne materia decisiva...

[...]

Él hará que esta vida no caiga derribada,
pedazo desprendido de nuestros dos pedazos.

Y como en *Cancionero y romancero de ausencias*, Miguel Hernández quiebra su voz en cantares a la esposa y al hijo. Sencillos cantares, olorosos a jazmín, sabrosos de mieles, florecidos con la flor del almendro, encendidos de besos, desbordantes de

maternal alimento, a sonoros de inmensidad. Miguel Hernández es el poeta que ha logrado serlo –y con qué impresionante voz– hasta en esas dramáticas *Nanas de la cebolla* cuya primera lectura sorprende, y las siguientes hieren hasta el más duro corazón. Pero por más que intente cantar la alegría, por más que lo intentara, Miguel Hernández no llegaría a desalojar de su corazón aquella pena de sí mismo que cantó en *El rayo que no cesa*, por más que diga:

Todo lo abres, todo lo alegras, madre, aurora, ni por más que cante el vuelo del hijo. En las *Nanas de la cebolla*, dice:

Desperté de ser niño.
Nunca despiertes.
Triste llevo la boca.
Ríete siempre.
Siempre en la cuna,
defendiendo la risa
pluma por pluma.

Y qué ansia de volver a ser niño, de recomenzar, al verse precipitado en la sombra, ante el hundimiento total de la risa. *Sepultura de la imaginación* nos expresa su desconsuelo. Y con esa terrible verdad de nuestra lengua española popular –recordar el refrán– *Madre, ¿qué cosa es casar? ..Hija, hilar, parir, llorar*– Miguel Hernández le dice a la esposa:

...Eres madre. Sonríe, ríe. Llorar.

Me lo entregó él, un sábado en el café Colón, mi padre me dijo que me acercara que Pepe tenía algo para mí. Me preguntó qué otros escritores me gustaban, –me sentí un poco incómoda, sabía que a él no le gustaba hablar mucho de aquello, yo no había leído a Miguel Hernández completo, ningún poemario íntegro– conocía o releía poemas sueltos, algunos sonetos, la elegía, Vientos de pueblo... a veces lo había leído con mi madre en voz alta, lo guardaba en una hoja grande que desplegaba; le dije que estaba algo más fuerte en los del 27, ¿entre ellos? Aleixandre, y también Salinas, y bueno, desde pequeña a Miró sobre todo cuentos, y alguna novela; Soledades de Machado más que.... Me gusta el Modernismo. Claro, eres joven, ¿Rubén? Sí. Bécquer, Garcilaso, la poesía de Lope, o a Azorín, y bueno, me gustaba Herman Hesse, Dostoievski, y la novela Realista, e Hispanoamericana, también la poesía: Neruda, César Vallejo, Sábato, a Borges –he leído algo: El Aleph, algún poema– aún no lo entiendo demasiado, García Márquez, Carlos Fuentes... y bueno,

los tradicionales.... Me gusta Larra. Los artículos. La anonimia mucho, el romancero, el ritmo y claro La Celestina, y me invitó a una cerveza. Leí esto, nunca en el olvido, releída en alguna ocasión, al igual que ahora lo reescribo, sintiéndole y apreciándolo. Se acercaba la Semana Santa y empezaban los ensayos y me dijo: Toma, oye, yo no soy un experto, soy un funcionario del ayuntamiento y esto es una opinión. ¡¡La mía! Toma guapa, ¿una caña? Para ti. Muchas gracias, Pepe. No ha sido nada. ¿Cómo está tu abuela? Muy bien. ¿Y tu tía María? Igual, sordas, eso sí, pero estupendo. Claro, como siempre, ¡qué naturalezas! Y con un gesto, algo torero, rió. ¡Ahí queda eso! Y aquí está ahora: Para mí no fue sólo una opinión, sino la suya, la de José Torres López. Cosa ésta... que aún te agradezco.